

Bioética y Cine

RICARDO GARCÍA MANRIQUE

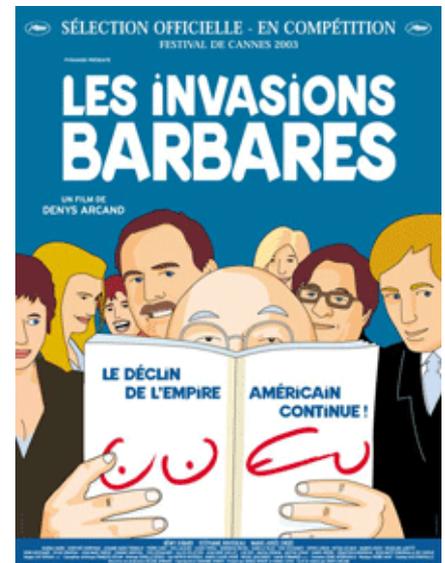
“Las invasiones bárbaras”, o del buen morir

➤ **Ricardo García Manrique.** Profesor Titular de Filosofía del Derecho y Miembro del Observatorio de Bioética y Derecho de la Univ. de Barcelona.

Cuando a Rémy le llegó su hora se encontró postrado en una cama de hospital, en un cuarto sin aire acondicionado que compartía con otros tres pacientes, sin posibilidad de recurrir a la medicina más avanzada, con la amenaza del dolor y sin derecho a queja; porque, como él mismo nos confiesa, había votado en su día a favor de la nacionalización de los hospitales de Quebec, dando a entender que de ahí deriva el lamentable estado en que se hallan, ese estado de masificación y desorden que las imágenes nos van mostrando. Su muerte, tan próxima ya, tenía toda la traza de tener lugar de acuerdo con eso que Víctor Méndez ha llamado el modo tecnológico de morir, el modo en que mueren casi todos hoy en nuestro occidental mundo.

Hasta que apareció su hijo, Sébastien, llamado por su madre con urgencia y recién llegado de Londres. Ya se nos dice, y luego podremos comprobarlo, que la relación de Sébastien con su padre no es nada buena, pero él hace la maleta, recoge a su prometida y en un santiamén se planta en Montreal. Sébastien, joven triunfador adinerado, se sorprende del estado que presenta el hospital y de la pobre atención que recibe su padre, e inmediatamente se hace cargo del panorama. Con él hace su presencia el dinero, pero también la resolución. Contacta primero con un amigo que trabaja en una clínica especializada de los Estados Unidos y arregla una visita para que su padre sea sometido a cierta prueba médica que a la postre no hará sino confirmar lo irreversible del cáncer que padece. Así las cosas, el amigo le propone a Sébastien que ingrese a su padre en su clínica,

donde estará mejor cuidado que en ningún otro lugar (el dinero, con el hijo de por medio, no es problema). Pero Rémy se niega en redondo; izquierdista redomado, no quiere ir a morir a casa del vecino americano. De modo que su hijo, que ha cogido las riendas y no las va a soltar, busca la manera de acomodar al padre lo mejor posible. Siempre con el todopoderoso metal en la mano y con buenas dosis de iniciativa, atrevimiento e inteligencia (esto es, con todas las virtudes de un tiburón de las finanzas internacionales), se las ingenia para sobornar a medio hospital y consigue que ubiquen a su padre en una estancia de la planta sótano, absurdamente vacía en un hospital tan atestado. El personal no sale, desde luego, muy bien parado, y no me refiero tanto al sanitario sino al administrativo, desde la jefe de administración hasta los peculiares representantes sindicales, pero el caso es que con su método infalible Sébastien consigue todo lo que se propone, siempre al margen de las normas generales. Al mismo tiempo, entre su madre y él van localizando a viejos amigos y amantes de su padre (hay que advertir de que la madre se divorció del padre hace tiempo, pero ahora está a su lado, dispuesta y discreta), y poco a poco van reuniéndose en torno a su cama. El hijo se las compone también para conseguir heroína y a alguien que no tenga problemas en administrársela al padre. La misma persona, hija de una de las amantes del padre y amiga de la infancia del hijo, se encargará de ambas tareas, la de comprarla y la de inyectarla, pues ambas le resultan habituales. Esto, porque Sébastien se ha enterado de que la heroína es mucho mejor que la mor-



fina cuando se trata de aliviar los dolores y de conseguir que su padre se sienta mejor.

Poco a poco, el modo tecnológico de morir va dando paso al modo tradicional. Rémy se encuentra rodeado de las personas que más han significado en su vida, tranquilo, cómodo, bien cuidado y aliviado. Las conversaciones y las evocaciones se suceden, en un constante ir y venir entre el pasado y el presente; pero no todo es mirar atrás, porque en la situación en que se halla, Rémy tendrá ocasión también de entablar nuevas relaciones, como la que surge con Nathalie, la joven heroinómana, y de vivir nuevas experiencias.

Más tarde, el omnipresente Sébastien organiza el traslado de su padre a la casa que uno de sus amigos tiene junto a un lago, el lugar que el padre ha elegido como más deseable para pasar sus últimos días, y allí se traslada también toda la compañía que le rodea, bien conscientes todos de cuál es la situación. Siguen las charlas, las bromas, las risas, la comida y la bebida, pero también el miedo, la desesperación, los encontronazos y los desencuentros, que despiden un aire de catar-

Bioética y Cine

sis y de esperanza de reconciliación, sobre todo en el caso de la tensa relación entre el padre y el hijo. Al fin, llega el momento de morir y, por tanto, el momento de la despedida. Uno por uno, todos van diciendo adiós a Rémy, que, asistido de manera conveniente por Nathalie, muere en el momento decidido y previsto.

El momento final tiene una importancia muy pequeña en la película, que, por eso, es una película sobre la eutanasia muy diferente de *Million Dollar Baby* o *Mar adentro*, en las que casi todo se orienta, narrativa y emotivamente, a ese momento final de la muerte. En el caso de *Las invasiones bárbaras*, la disposición del protagonista es muy otra, pues no se trata de un enfermo que quiera morir, sino de un enfermo que va a morir en todo caso, y de forma inminente. Visto el desarrollo de la película, vista la energía con que Sébastien toma en sus manos la situación de su padre, a nadie le cabe duda de que Rémy morirá de esta forma, es decir, eligiendo el momento, el modo y el lugar. No, aquí lo que importa es más bien el proceso de morir en toda su dimensión. Lo que la película muestra es cómo la muerte de Rémy es entendida como proceso y no como acto, como parte de su vida y no como desenlace de la misma, y cómo tiene lugar al margen de la oferta estandarizada a la que la inmensa mayoría ha de someterse, todo gracias a la aparición de su hijo, que con esa mezcla de cualidades ya descrita consigue que ese proceso soñado se haga realidad. Esto no significa, por cierto, que la muerte de Rémy sea buena o deseable para todos. Otros preferirán quizá morir de otra manera, en la intimidad o en soledad, o sin llamar la atención de nadie o sin recurrir a las drogas. Dicho esto, no cabe duda de

que la opción de Rémy resultará muy apetecible para muchos pero, en todo caso, lo más importante es que se trata de la que él ha elegido y no de la que otros le imponen. Así, la película se convierte en una apelación al futuro del espectador, que no dejará de pensar en qué hará él cuando se halle en la situación de Sébastien o en la de Rémy. Una película como ésta nos habla de nosotros mismos.

Sorprende que en estos tiempos de exaltación de la autonomía individual, la última fase de la vida sea librada a la iniciativa ajena y resulte tan radicalmente heterónoma. Quizá la razón sea que no concebimos nuestra muerte, ni la de los demás, como un trance vital sino, repito, como el desenlace, como algo que ya no es vida, sino punto final de la vida. Además, dado que ésa es la aparente tónica general, debe de resultar muy difícil invertir los términos cuando le toca a uno: pedir o exigir para uno mismo aquello de lo que no disfruta nadie, sobre todo en esa circunstancia de extrema dependencia, debe costar mucho. No parece que Rémy hubiera estado en disposición ni condiciones de modificar su destino final de enfermo desahuciado ordinario, si no llega a ser por la presencia de su hijo. El papel de Sébastien resulta, por ello, de lo más interesante. En realidad, es el genio que hace realidad los deseos de su padre, con la particularidad de que él debe contribuir a conformarlos en vez de limitarse a ejecutarlos. El hecho de que la relación entre padre e hijo haya sido tan tormentosa y que haya desembocado en la incompreensión y el alejamiento va a permitirnos comprobar que el proceso de morir es todavía parte de la vida, no ya sólo de la del moribundo sino también de la de sus allegados; y que uno no deja de participar de la

vida hasta que muere, obvio suena pero no siempre lo entendemos así. Rémy y Sébastien van a tener tiempo para reconocerse y reconciliarse, a pesar de todas sus diferencias. Habrá tiempo para oír de boca de los demás lo que el uno ha hecho y siente por el otro, y para tomar conciencia de los poderosos vínculos que les unen por encima de la tirantez de la relación. Habrá tiempo, en fin, para tocarse como la enfermera le recomendó a Sébastien: "tóquelo, sobre todo tóquelo" (qué poco nos tocamos, es cierto).

Demos ya por sentado que los últimos días de la vida de Rémy fueron como mejor podían ser, y que muestran una manera de morir muy distinta de la que hemos organizado socialmente. Observemos ahora dos mensajes que la película nos transmite mientras nos relata esos días. Uno es el del poder del dinero. En efecto, si no llega a ser por la desahogada posición del hijo, todo aquello no hubiera sido posible. El humor negro con que se nos cuenta lo poderoso caballero que es don dinero puede tener varios sentidos, y entre ellos me quedo con éste: en un mundo como el nuestro, algo habremos de hacer para evitar que la buena muerte esté reservada sólo para unos pocos. Ese algo no puede consistir sólo en nacionalizar los hospitales, porque ése es el punto de partida de la película. Se trata, más allá de eso, de desburocratizarlos y de democratizarlos, y de orientar sustancialmente todo el tránsito hacia la muerte a formas, lugares y contextos bien distintos. Ahí es nada, pero se trata de una empresa colectiva que no deberíamos retrasar por más tiempo.

El otro mensaje, más directo para el espectador, es el que nos transmite la actitud del hijo. Ante una situación como la de su padre, se nos

Bioética y Cine

está sugiriendo que hemos de tomar la iniciativa para hacer del proceso de la muerte de nuestros seres queridos una parte de nuestra vida y de la suya. Se trata de arrebatar a nuestros moribundos de la burocracia de la muerte, de hacer que esa muerte sea realmente suya, indagando su voluntad, interpretando sus deseos y aún más involucrándonos en su vida, porque también en esos días finales queda mucho por vivir. No sólo, como suele pensarse, por su bienestar, sino también por el nuestro. Se trata de algo más que cuidar de los enfermos, se trata de seguir viviendo con ellos, si cabe más intensamente y con la conciencia de que ha llegado el momento de hacer y decir lo que está pendiente. En una palabra: el mensaje transmitido es que debemos hacer lo posible por revitalizar el proceso de la muerte de quienes

nos rodean. Todos saldremos ganando. Hay un riesgo, que es el de cometer errores o ir más allá de lo debido: nada más patético que esos alumnos de Rémy, profesor universitario, que van a visitarle para interesarse por él y hacerle notar lo buen profesor que era, para que después acabemos descubriendo que han sido convenientemente sobornados por Sébastien. Sus alumnos, pues, quedan del lado del personal de servicio del hospital y no del lado de los amigos y las amantes, en el trato dispensado por Sébastien y en la actitud que muestran. Pero precisamente porque lo que Rémy desearía de ellos es una actitud bien distinta, se pone de relieve que en este caso su hijo ha metido la pata; y, de paso, en otro orden de cosas, el peligro de destrucción que corre la relación entre alumnos y profesor cuando acaba

por burocratizarse.

Por supuesto, no todas las muertes son iguales ni pueden serlo, ni hemos de desear que lo sean. No todos los moribundos estarán en condiciones físicas ni psicológicas de gozar de una muerte como la de Rémy, ni tampoco se nos oculta que de morir se trata y de que la experiencia es sobre todo personal, dura y de difícil ascensión. *Las invasiones bárbaras* es una película y como tal relata una historia personal, un caso particular, pero es una muy buena película que nos hace pasar un buen rato, nos emociona y nos obliga a pensar sobre nosotros y sobre nuestro modo de comportarnos cuando, tarde o temprano, hayamos de pasar por ahí. Más que nada, diría que nos propone dejar de pensar en la eutanasia como un acto de matar para empezar a comprenderla como un proceso vital.